

EL APÓCRIFO CULPABLE: SARAMAGO Y EL CARPINTERO

"Mil veces la experiencia ha demostrado, incluso en personas no particularmente dadas a la reflexión, que la mejor manera de llegar a una buena idea es ir dejando que fluya el pensamiento al sabor de sus propios azares e inclinaciones, pero vigilándolo con una atención que conviene que parezca distraída, como si se estuviera pensando en otra cosa, y de repente salta uno sobre el inadvertido hallazgo como un tigre sobre la presa".

(Saramago. El Evangelio según Jesucristo)

Así imagina José Saramago el arte de re-flexionar. De manera particularmente terrestre y animal, asentado, hecho raíz, en el orden de la Naturaleza de donde brota espontáneo y vivo el pensamiento. Orgánico y medular, el espíritu del hombre no razona. Su pensamiento es un sentir. Desamparado, sin techo ni consuelo, huérfano de padre e hijo, convicto a ser el carpintero de su propia cruz. Y de la cruz de sus herederos.

¿Qué buena nueva, qué Evangelio podría Saramago proclamar, si no éste de un padre de Hombre, condenado -sin saberlo- a ser semilla de un Elegido? El Evangelio de latido humano, atento a mostrar el dolor carnal de aquellos que el destino quiso agentes y sujetos de una historia de Pasión, de Pasión y Muerte. El Evangelio según Jesucristo, hijo de José. El Evangelio según José, el carpintero.

No ha tratado el escritor portugués de desvirtuar la estirpe filo-divina de la historia de Jesús, como pretendiera el francés Ernest Renan en 1863, con su "Vida de Jesús"¹, ni ha pretendido

tampoco indagar, como un exégeta atento y minucioso, la "idea" filosófica de Jesucristo, al hilo discursivo de los documentos canónicos, al estilo de George Santayana en su obra "La idea de Cristo en los Evangelios"². No. José Saramago ha modelado narrativamente un cronista que refiere la historia de un hombre destinado, concibiendo el término "destino" más al modo griego que al judío, es decir, como la discordia ocasionada entre el orden humano y el divino. Discordia que procede de una determinada tara moral genealógica, que se hereda de padres a hijos, llegando hasta el sujeto principal de un acontecimiento mítico, en quien se encarna definitivamente el conflicto que ha de restaurar una armonía rota o desprendida entre los dioses y los hombres.

Así pues, el Dios del Evangelio según Saramago, no obedece a la noción de un Padre Creador que toma figura humana, hipostasiándose para ofrecer, en la cruz de Su sacrificio, el perdón eterno a un Universo por Él mismo diseñado. El Dios de Saramago se sirve de su "creatura", Jesucristo, hijo de José, para transmitir una doctrina, cuyas consecuencias alcanzarán estatura épica. En su "Evangelio", la verdadera figura del Padre queda asimilada a José, hijo de Helí. Por ello, en los estertores de su cruz, sólo concebirá Jesucristo la memoria futura del "río de san-

¹ "Ninguna aparición pasajera agota la Divinidad; Dios se había manifestado antes de Jesús, Dios se manifestará después de Él. Profundamente desiguales y tanto más diversas cuanto más grandes, más espontáneas, las manifestaciones del Dios escondido en el fondo de la conciencia son todas del mismo orden; Jesús no debería, pues, pertenecer únicamente a los que se dicen sus discípulos. Es un honor común a cuanto existe en el corazón del hombre. Su gloria no consiste en ser relegado fuera de la historia; se le rinde un culto más auténtico demostrando que la historia entera resulta incomprendible sin Él." RENAN, Ernst: **VIDA DE JESÚS**. Edaf, Madrid, 1985, pág. 72.

² La intención primordial de Santayana coincide con el "corpus" completo de su obra. Jesucristo inscrito en los "reinos del Ser", como idea esencial en la historia de la Humanidad. SANTAYANA, George: **LA IDEA DE CRISTO EN LOS EVANGELIOS**. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1997.

gre y de sufrimiento que de su lado nacerá e inundará toda la tierra", implorando a los hombres el perdón para un Dios "que no sabe lo que hizo". Su único recuerdo piadoso será, entonces, para su verdadero padre telúrico, que prefigurará en la cruz la muerte de su Hijo: "y cuando el primer clavo, bajo el golpe brutal del martillo, le perforó la muñeca por el intervalo entre los dos huesos, el tiempo huyó hacia atrás en un vértigo instantáneo, y Jesús sintió el dolor como su padre lo sintió, se vio a sí mismo como lo había visto a él, crucificado en Séforis...."³.

Centrémonos, pues, en la figura que ocupa el ámbito esencial en la narración evangélica de Saramago: el padre, no adoptivo como insiste Santayana⁴ en calificar al esposo de María, sino el verdadero padre carnal de Jesucristo. ¿Cómo es José para Saramago?

Frente a la imagen tradicional que del personaje bíblico tenemos, el cronista de este nuevo Evangelio nos presenta a un José joven, de veinte años de edad, que vivirá trece años más en el transcurso temporal del texto, alcanzando la edad de treinta y tres cuando expira clavado en la cruz de su remordimiento. Este dato resulta sumamente importante para subrayar el proceso de identificación espiritual entre padre e hijo, que ningún evangelista había procurado anteriormente. Así pues, los cuatro canónicos omiten aspectos biográficos fundamentales en la figura de José, y sólo dos de ellos -Mateo y Lucas, aquéllos más inclinados a relatar el nacimiento y la infancia de Jesús- centran su atención en él para encadenar a su través la genealogía judía del Mesías, como descendiente de la casa de David⁵.

³ SARAMAGO, José: **EL EVANGELIO SEGÚN JESUCRISTO**. Alfaguara, Madrid, 1999. La obra fue publicada en 1991 por la editorial portuguesa Caminho, con el título original de "O Evangelho segundo Jesus Cristo".

⁴ "El niño Jesús -dice Santayana- tenía una madre terrenal, pero sólo un padre adoptivo...". SANTAYANA, George: *Ibidem*. Pág. 75. También en páginas 41-43. Otra definición de José, para Santayana, es la de "padre legal" (p. 39). En la página 43 leemos: "...hasta José, que no era realmente su padre".

⁵ Como oportunamente señala Santayana, ello sucede porque, en el Evangelio de Mateo, "estamos en el campo de la legalidad judía y de la profecía, y no en el de la intuición cristiana". *Opus cit*, pág. 43.

En cuanto a los Apócrifos, la distancia es todavía mayor. :La curiosa "Historia de José el carpintero", versión árabe de un posible original copto de los siglos IV o V, sitúa el relato de la vida de Jesús a sus discípulos en la noche del Monte de los Olivos. Narra allí la historia del "anciano carpintero", un viudo "bendito y candoroso" a quien los sacerdotes del templo escogen para desposar a una santa doncella adolescente, un artesano carpintero que vivió la honorable cifra de ciento once años en perfecto estado de lucidez física y moral. La placidez y serenidad gozosas de este José apócrifo y longevo contrastan todavía más con la turbulencia lacerante del joven y viril carpintero de Saramago, que sólo coincide con los apócrifos en la nómina de su prole, los hermanos de Jesús⁶.

Dan comienzo, pues, los hechos referidos en este Evangelio saramaguiano, con una constelación de imágenes, muy plásticas y simbólicas, que aparecerán íntimamente imbricadas en todo su desarrollo: la noche, en su "oscuridad cenicienta y fría" y el despertar "sobresaltado" de José. Se convocan aquí varios motivos centrales: la perturbación del sueño y la contemplación aterradora de los cielos por parte de un espectador único y solitario. El primer motivo es determinante, ya que los sueños angustiosos, las pesadillas de naturaleza filicida de José, serán su verdadera condena, la visita puntual de su sentimiento de culpabilidad. La noche será terrible

⁶ El mayor contraste, sin embargo, se refiere a la narración de la muerte de José. En la "Historia de José el carpintero" del manuscrito copto, muere José en su lecho, asistido por su esposa y las consoladoras palabras y gestos filiales de su hijo Jesús, a quien reconoce como el verdadero Dios. "En verdad -dice José a su "hijo"- que tú eres Dios. Tú eres el Señor según me lo ha repetido muchas veces el ángel, sobre todo aquel día en que anidaron en mi corazón sospechas humanas al observar las señales de embarazo de la Virgen sin mancha y había determinado abandonarla (...)". El instante de la agonía es asimismo de entonación piadosa y trascendental: "Al exhalar su espíritu -dice Jesús- yo lo besé. Los ángeles tomaron su alma y la envolvieron en lienzos de seda (...)". HISTORIA DE JOSÉ EL CARPINTERO. En **LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS**. Edición crítica y bilingüe de Aurelio de Santos Otero. B.A.C., Madrid, 1993, págs. 333-352. El editor señala que "substancialmente, el relato es ortodoxo, si bien aparecen a veces reminiscencias gnósticas que se refieren más a la expresión literaria que al contenido doctrinal" (pág. 334).

para el joven José, no solamente será por el escarnio ominoso de esos sueños que en ella se despliegan, sino porque éstos convocan avisos, augurios y vaticinios que jamás podrá descifrar. Tal es su miseria como vidente. Tal es su grandeza humana. "Quizá los sueños son recuerdos que el alma tiene del cuerpo", pensó José, y así habrá de ser, al heredar Jesús ese mismo sueño -ese recuerdo corporal- en que José, vestido a la usanza de soldado romano y armado con la espada que saja la inocencia, se encamina para dar muerte al hijo de sus entrañas.

Este primer despertar de José, que coincide con el alba de nuestro Evangelio, traza de entrada, y de memoria magistral, la etopeya de un hombre situado en mitad de un espectáculo crepuscular extraño y grandioso, cuya significación última le está vedada. ¿Y qué hay más terrible, más existencial -en suma- que la continua pregunta de aquel que inscrito en los archivos del misterio se afana inútilmente por desvelar las cifras de su nombre? Y así, en el amanecer tenebroso y violeta de aquel preciso día en que habrá de engendrar a Jesús en el vientre de María, "se llenó de temor su corazón, imaginó que el mundo iba a acabarse" y se supo "puesto allí, único testigo de la sentencia final de Dios" frente a un "silencio absoluto, tanto en la tierra como en el cielo"⁷.

Solitario, pesaroso, sufriente: cuerpo, manos, pensamiento sensitivo. Esposo y, sobre todo, padre. Un padre que respeta los preceptos ortodoxos de la ley hebrea. Lo escuchamos entonar rezos, salmos y oraciones, como el "perfecto judío que se preciaba ser" (pág. 62), pero también lo vemos debatir sutilmente con los rabinos y rozar, con su sentencia, la comprensión de aquello que finalmente se le niega, la estatura espiritual de su progenie: "Si llegado el último día del censo no hubiera nacido aún mi hijo -le responde enérgicamente al venerable Simeón- será porque el Señor no quiere que los romanos

sepan de él y lo pongan en sus listas" (pág. 63). La fascinación entrañada que despierta en el lector el personaje viene dado por ofrecernos siempre su faceta más limitadamente humana. Un José que no sólo es "piadoso y justo", atributos estos que ya subraya el evangelista Mateo al exponer su resolución de repudiar en secreto a su esposa⁸. Se trata ahora, y además, de un hombre caviloso y reflexivo. De un continuo hacedor de preguntas, en quien habrá de cebarse el destino. A quien tendremos que contemplar en una enloquecida carrera, en una huida perpetua, en una continua amenaza, erizados los cabellos y ajeno a toda paz. Es un Job sin el lenitivo final de la restitución piadosa. Es un Abraham a quien el ángel no detiene. Un José K. condenado a no saber y perseguido en un proceso que concluye con su muerte. Un insólito personaje sobre el cual ensaya Saramago su visión de la ceguera, descargando sobre él una culpa atroz, que sólo un Dios aún más sordo y ciego podría transmitirle.

Pero ¿dónde estriba realmente la noción de culpa de este apócrifo José de Galilea?

Utiliza Saramago para dotar de credibilidad humana al personaje determinados fragmentos de los Evangelios canónicos, modificando esencialmente su concepción de los mismos. El relato sobre el nacimiento de Jesús, desde su gestación hasta la huida a Egipto procede de Lucas, único evangelista a quien Saramago cita al comienzo de su obra. Sin embargo, Lucas omite un episodio capital en el Evangelio de Saramago: la matanza de los niños de Belén menores de tres años, por decreto del tumefacto Emperador

⁷ Interesante la adverbialización saramaguiana: "puesto allí", que sin duda nos ofrece analogías con el sentir existencial: el hombre "arrojado" al mundo. El Da-sein o sujeto "allí" del puro Existir. SARAMAGO, José: **EL EVANGELIO SEGÚN JESUCRISTO**. Opus cit., págs. 20-28.

⁸ "Estando desposada María, su madre, con José, antes de que conviviesen, se halló haber concebido María del Espíritu Santo. José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto...". (Mateo I, 18-19). Manejo la edición bíblica de NACAR-COLONGA.

Asimismo, en la "Leyenda dorada" de Santiago de la Vorágine se describe a San José como hombre a quien "Dios concedió (...) muchísimos privilegios", entre los cuales sobresalieron los de la obediencia, la paciencia, la humildad y la "perfecta castidad". SANTIAGO DE LA VORÁGINE: **LEYENDA DORADA**. Alianza Forma, Madrid, 1982.

Herodes. Será Mateo el único evangelista que registre este suceso. Pero observemos aquí algo sumamente decisivo: Mateo le concede a José el don de la comunicación espiritual con la esfera de lo divino, mediante la audición onírica de mensajes angélicos. El ángel del Señor se le aparecerá en tres ocasiones al padre de Jesús para informarle, en primer lugar, de la divina concepción de María, para prevenirle de la matanza de los niños belenitas con la subsiguiente necesidad de huida y, por último, para exigirle el retorno a su tierra natal de Israel. De esta manera, el Evangelio de Mateo remite las decisiones y los actos del hombre José a los decretos divinos mediáticamente transmitidos. Saramago funde el episodio de Mateo con la ausencia de ese diálogo sobrenatural entre José y Yaveh que hallamos en Lucas, para quien sólo es María la acreedora de esa virtud visionaria, concretada en el episodio de la Anunciación.

De esta manera, nos encontramos con que José habrá de encarar el terrible acontecimiento criminal sin que intervención sobrehumana alguna le brinde la más mínima asistencia. José, el carpintero de Saramago, se verá arrojado a la más pura de las soledades. Esta circundado por lo extraordinario, pero no tendrá llave de acceso a su intelección. Como diría Borges, se encuentra en la inminencia de una revelación... que no se produce. Esta es, en definitiva, la verdadera causa de que su decisión de salvar a su hijo sin dar aviso a los padres de los niños condenados se convierta en un remordimiento despiadado y, sobre todo, en un crimen irredento. Como le ataja, de manera brutal, el ángel a María, cuando ésta le implora perdón para su esposo: "Dijo María, Qué hemos hecho nosotros. Dijo el ángel, Fue la crueldad de Herodes la que hizo desenvainar los puñales, pero vuestro egoísmo y cobardía fueron las cuerdas que ataron los pies y las manos de las víctimas. Dijo María, qué podía hacer yo. Dijo el ángel, Tú nada, que lo supiste demasiado tarde, pero el carpintero podía haberlo hecho todo, avisar a la aldea de que venían de camino los soldados para matar a los niños, había tiempo suficiente para que los padres se los llevarsen y huyesen (...). Dijo María, no se le ocurrió. Dijo el ángel, No, no se le ocurrió, pero eso no es disculpa. Dijo María, llorando, Tú

que eres un ángel, perdónalo. Dijo el ángel, No soy ángel de perdones".

"No soy ángel de perdones". ¿Qué criatura angélica de los Evangelios ortodoxos respondería de una manera tan ausente de piedad? Mas pareciera que asistimos a un fragmento del Antiguo Testamento, con la imagen de un Dios severo y terrible, que expulsa al hombre de todo Paraíso imaginable. De manera análoga, el ángel de Saramago dictamina su sentencia, que no solamente habrá de afectar a los agentes inmediatos, sino a su progenie y, por ende, adquiere dimensiones generacionales: "Viviréis y sufriréis como todas las gentes (...). Sobre la cabeza de los hijos caerá siempre la culpa de los padres, la sombra de la culpa de José oscurece ya la frente de tu hijo" (pág. 130).

Ha trazado así Saramago el cariz esencial de su personaje: el carpintero José, el apócrifo culpable. Nos encontramos frente a otro "Crimen y Castigo". El crimen de haber permitido el asesinato de la inocencia. El castigo consistente en morir como inocente. Un castigo mucho más rotundo que el del propio estudiante dostoiévskiano, pues éste halla consuelo en el amor salvífico -en verdad, evangélico- de Sonia. Sin ningún amparo, irá José, el carpintero, que nunca participó en la guerrilla judía contra Roma, a buscar su propia muerte en Séforis, cuando inconscientemente al pretender ir al rescate de su vecino Ananías que, además, siempre le fue hostil. Mediante una ironía trágica y fatal, precursora del destino de su hijo, "perdió la oportunidad de salvarse cuando el soldado que manejaba el martillo le dijo al sargento, Éste es el que decía que era inocente, el sargento dudó un momento, exactamente el instante en que José podía haber gritado, Soy inocente, pero no, se calló, desistió, entonces el sargento miró, pensaría quizá que la precisión simétrica sufriría si no se usaba la última cruz, que cuarenta es número redondo y perfecto" (pág. 186).

En su "Historia de Cristo", de 1921, estampó el escritor italiano Giovanni Papini una idea que secretamente coincide con la ficción de Saramago: "La matanza de los inocentes fue la última hazaña del maloliente y sanguinario viejo Herodes. Esta inmolación de inocentes alrededor de

la cuna de un Inocente, este holocausto de sangre por un recién nacido que ofrendará la suya para obtener el perdón de los culpables; este sacrificio humano por Quien será sacrificado a su vez, encierra un sentido profético -intuye agudamente Papini-. Millones y millones de inocentes tendrán que morir después de muerto Él, por el delito de haber creído en su Resurrección. Nace para morir por los demás, y he aquí que mueren por Él millones de nacidos, como si tuviesen que expiar el nacimiento de Aquel"⁹.

Sin duda, esta reflexión cruel sobre la historia del cristianismo podría ser suscrita, con su reguero de cruces y muertes, por el espíritu humanista de Saramago, para quien ni una sola muerte justifica la entronización de una doctrina. Lo interesante, desde el punto de vista de la ficción, es el procedimiento que ha ideado Saramago y que consiste en desplazar la tragedia apocalíptica del cristianismo histórico hasta la figura de José, que no supo comprender, a quien no se le ocurrió, que no vio, que estuvo ciego ante el advenimiento de un desastre.

Pero lo más destacable, a mi modo de ver, es la naturaleza trágica de este personaje, porque al carpintero José no se le concedió en ningún momento una información misteriosa acerca de su papel instrumental en la historia de Jesús. No hay concesiones para él. María no le revela la naturaleza del mendigo angélico que le anuncia su maternidad y, tiempo después, habrá de enterarse del edicto asesino de Herodes, no por vaticinio o revelación espiritual, lo cual tal vez sedaría su posterior angustia, sino por la azarosa escucha de una conversación entre soldados, en la que accidentalmente comentan la orden homicida¹⁰. El precio por salvar la vida de su hijo será

impagable: la culpa se filtrará en sus sueños, en sueños la heredará la carne de su carne, la sellará en el madero. Pero las páginas en que Saramago decide las fluctuaciones anímicas de José, el terror pánico por ver la vida de su hijo amenazada, la sensación punzante de pavor mientras hace guardia en la puerta de la cueva protegida por la noche y la distancia se cuentan entre las más hermosas y memorables de toda la literatura contemporánea.

Y así, si la concepción del destino nos condujo a señalar modelos griegos en el linaje de la culpa, el estilo narrativo y la estética escogida emparentan a José Saramago con un expresionismo muy peculiar, de raigambre judeo-kafkiana. Un sentimiento ético acrisola y concentra lumínicamente toda la constelación de resonancias culturales y procedimientos narrativos. El sujeto como creatura existencial que, ante lo divino, sólo percibe dos situaciones: o está desasistido o está condenado. "El Evangelio según Jesucristo" viene a proclamar la "buena nueva" de que la idea de Dios no debe ni puede ser un consuelo ante la flaqueza del hombre. Para Saramago, es un capítulo más en la crónica universal del error, que los aúna (a Dios y al hombre) en el abrazo fatídico del remordimiento. Como el Dios enfermo de César Vallejo, existe para Saramago la imagen de un Dios insomne, aliado con su "creador" -el sujeto humano- en la construcción de un vacío inmenso:

"Con cada hijo que José iba haciendo, Dios levantaba un poco más la cabeza, pero nunca acabará de levantarla por completo, porque los niños que murieron en Belén fueron veinticinco y José no vivirá años suficientes para generar tan gran cantidad de hijos en una sola mujer, ni María, ya tan cansada, de alma y de cuerpo, tan dolorida, podría soportar tanto. El patio y la casa del carpintero estaban llenos de niños, y era como si estuvieran vacíos" (pág. 150).

VICENTE CERVERA SALINAS
Universidad de Murcia

⁹ PAPINI, Giovanni: **HISTORIA DE CRISTO**. Aguilar, Madrid, 1964, págs. 37-38. También el "apócrifo culpable" de Saramago podría suscribir estas palabras de Papini: "El amor del padre es amor puro, el único amor verdaderamente amor, el único que puede llamarse amor, libre por completo de elementos extraños a su propia esencia, que es la felicidad de sacrificarse a la felicidad de otro". Pág. 45.

¹⁰ Y así se dice en este Evangelio: "... y véase el caso de José, que poniendo Dios, en lugar del ángel, a un cabo y tres soldados habladores en medio del camino, no

aprovechó el tiempo que tenía para salvar de la muerte a los niños de Belén" (pág. 143).